

El pederasta típico

La mayoría de los pederastas son hombres que abusan de niñas. Suelen tener problemas sexuales y dificultades para mantener relaciones con una mujer, por lo que se decantan por las menores que no se reirán del tamaño de sus genitales ni de sus problemas de erección, porque no se enteran.

En la página Web de la [Interpol](#) se recoge una magnífica descripción del pederasta típico, de la que se reproducen a continuación algunos párrafos.

Es un hombre, con un nivel de inteligencia inferior a la media. Generalmente, encaja en el perfil típico del delincuente: vive solo o con uno de sus progenitores, está en paro o tiene un trabajo mal pagado y es incapaz de establecer relaciones con otros adultos.

El **ciclo del delito** es también típico. Comienza con la atracción y excitación sexual producida por pensamientos sobre niños. Entonces, el pederasta fantasea o se masturba con material infantil erótico o pornográfico.

En este punto entran en juego los inhibidores internos y externos.

Los inhibidores internos son los factores personales que controlan el comportamiento de una persona. (Por ejemplo, el conocimiento de que moralmente está mal abusar de un niño o de que en el futuro puede afectar negativamente a la salud mental del menor).

Los inhibidores externos son más básicos y evolucionan en relación con el miedo a ser pillado e ir a prisión y con el conocimiento de que si se hace pública su atracción por niños, afectará seriamente a su estilo de vida.

Una vez que el pederasta supera estas inhibiciones, pasa al **ciclo de la agresión** que, generalmente, está precedido por un periodo de aburrimiento o estrés. Empieza a ir a lugares donde hay niños: parques infantiles, piscinas,... Allí identifica a algún menor que está solo o que parece vulnerable y empieza a establecer contacto con él: le regala cosas, le ofrece un cigarrillo o un paseo en coche. Después se va a casa y se masturba pensando en el niño y en lo que podría haber pasado.

A continuación viene un **periodo de culpa**, inducido de nuevo por los inhibidores, y se promete a sí mismo que no volverá a pasar, pero el ciclo vuelve a empezar. Hay muchos pedófilos que nunca llegan a pasar de este punto y nunca cometen ningún delito. Otros van más allá del paseo en coche.

La mayoría de los delincuentes pederastas cortejan a sus víctimas, algunos durante meses e incluso años. Generalmente, empiezan cortejando a los padres de la víctima. El pederasta observa que una familia tiene dificultades económicas y les ofrece su asistencia económica y respaldo moral. Una vez que se ha ganado la confianza de los progenitores, se ofrece para cuidar del menor, y aquí empieza el proceso de cortejar al niño. El pedófilo sabe que tiene que controlar al menor hasta estar seguro de que no le contará a ningún adulto los abusos. Este control lo ejercerá mediante el miedo, la opresión, favores, amenazas (contra él o su familia) y haciendo que el niño se sienta culpable de lo que ha pasado.

El cortejo

Interpol presenta en su web un ejemplo del sistema empleado por el pederasta para lograr su objetivo:

1. El pederasta identifica a una madre que tiene uno o varios hijos y que, tras un disputado divorcio, se ha ido a vivir a una casa demasiado pequeña (o peor que la que tenía antes) y, además, tiene menos dinero para los gastos del hogar.
 2. Su primer objetivo es la madre, con la que establece una relación sentimental. Cuando la nueva unidad familiar es estable, empieza a introducir cambios en las costumbres familiares: nudismo en la casa, dejar la puerta del cuarto de baño abierta mientras se usa,...
 3. Con el tiempo, cuando se sienta seguro, el pederasta empezará a abusar de su víctima. El menor se encuentra entonces en un dilema: su madre ha encontrado un nuevo novio y es muy feliz. El pederasta se ha encargado de informarle de que si dice algo, él irá a la cárcel, con lo que su madre se quedará una vez más sin pareja y ya no será feliz. Además, se acabará el dinero extra en la casa: las vacaciones, los regalos,... Y ante esta situación, el menor llega muchas veces a la conclusión de que para mantener la felicidad de la familia se tiene que callar.
-